

COLOMBIA: periodismo, historia, literatura

Juan Gustavo Cobo Borda

La historia de Colombia se ha escrito en los periódicos de Antonio Nariño a Guillermo Cano, y allí ha quedado rubricada con sangre. Por ello los doscientos años de historia de nuestro periodismo pueden simbolizarse también con la vieja disputa de las armas y las letras.

“La imprenta, artillería del pensamiento” la llamó en una ocasión Bolívar y no estaba errado. Páginas suspicaces que envenenaron la atmósfera. Páginas limpiadas que propiciaron el diálogo. De unas a otras hemos ido pasando, viendo las ideas convertidas en balas y las balas que vuelven al redil pidiendo, a través de la palabra, espacios de convivencia donde todos hallen cabida. Del sectarismo hirsuto a la convivencia aceptada, las columnas de los periódicos colombianos no sólo han sido sismógrafos. También, al redactarlas, han configurado nuestra historia.

El periodismo colombiano: “la forma literaria más tradicional de Colombia y hasta hace poco, la única”, como lo llamó Alberto Lleras en 1980 olvidando quizás al país de poetas y de gramáticos, de profesores y rúbulas. Pero Lleras tenía razón: todos, en el fondo, eran periodistas.

Lo fue Miguel Antonio Caro preguntándose furioso en 1864 por qué en Santafé de Bogotá se reproducían páginas de Renan. Y lo fue Porfirio Barba Jacob recorriendo Centroamérica y describiendo el terremoto de San Salvador en 1917. Así era el pequeño país conservador de aquel entonces, conocido más por los viajeros extranjeros que por los reinosos, ignorantes del mar y duchos en latín y correcciones idiomáticas.

Prosas como las de Caro se sostenían, macizas y lógicas, al utilizar silogismos cristianos y elogiar el hispanismo y la escolástica en contra de los afrancesados y sus veleidades positivistas. Pero su intolerancia militante, reflejada en “la ley de los caballos” de 1888 gracias a la cual Rafael Núñez suspendió “El Espectador”, dio paso a la elegancia modernista. Allí estaba Eduardo Castillo, el caballero duende, buen reportero¹ y mejor poeta, y también traductor como el señor Caro, pero no de Ovidio y Horacio sino de los poetas malditos de fin de siglo.

Así vamos yendo, siempre a través de la prensa, entre la asimilación de lo ajeno y la producción de lo propio. De España a Francia y de ésta a Estados Unidos. De Menéndez y Pelayo a Azorín y, ¿por qué no?, de Emilia Pardo Umaña a Oriana Fallaci. Reconociendo, en definitiva, lo que señaló Eduardo Carranza: “Podría decirse casi que la historia de nuestro periodismo es la historia de Colombia” y también en alguna forma, la de nuestra literatura.

De la edad de plomo a la era del fax

Pero qué cambio formidable desde aquella edad de plomo, con linotipo y máquina de escribir ruidosa, hasta la asepsia de hoy, con impresión offset en colores, computador, antena parabólica, procesador de palabras y prohibición de fumar en espacios públicos.

Cambio también, como lo señalaron Enrique Santos Calderón y Daniel Samper Pizano, entre un periodismo de franca militancia política a uno que se esfuerza por ser veraz, objetivo y más pluralista, así no siempre lo logre. Qué complejas, en consecuencia, las relaciones entre prensa y Estado. O entre medios de información y empresa privada. ¿Cómo fiscalizar al poder? ¿Cómo oponerse a la censura por indirecta que sea? ¿Cómo informar, opinar, criticar, conjugando libertad con responsabilidad, todo ello en “un medio arrebatado como el nuestro”, según palabras de Manuel Mejía Vallejo, novelista pero también, cómo no, periodista de larga data? Recordemos sus reportajes por toda Centroamérica, persiguiendo el fantasma de Porfirio Barba Jacob, ahora encarnado en la biografía novelada de Fernando Vallejo: “El Mensajero”.

Por ello en “nuestra tierra, asolada y entrañable”, como también la llama Mejía Vallejo, se dio silvestre el periodismo. Hoy más técnico y con título universitario, que busca autorregularse y superar así el síndrome de la chiva, al desarrollar su tarea en medio de amenazas sin cuento, del secuestro al asesinato. Un periodismo, tal como lo señaló José Salgar en 1990, que se ha convertido, a nivel internacional, en “símbolo y mártir de la libertad de prensa y de los derechos humanos”.

Libertad de prensa, por cierto, que ha sido rasgo distintivo de nuestra tradición democrática. Así lo reconoció Mario Vargas Llosa, con estas palabras:

“Hay un aspecto sobre todo en el que creo que todos los latinoamericanos tenemos que admirar y envidiar a la sociedad colombiana, es una de las sociedades que ha tenido en el curso de su historia quizá el margen más amplio de prensa libre.”

Al repasar el pasado, valorar el presente e intuir el futuro, la sociedad colombiana halla un motivo de confianza. El debate en torno a una prensa libre, respetada por el Estado incluso en su desbordamiento, como dijo en su momento el Presidente Betancur, antes que verla censurada. Existe, en consecuencia, una mirada crítica, constituyéndonos en el análisis. La distancia imprescindible para vernos a nosotros mismos en el espejo de la palabra reflexiva y esclarecedora. Polémica pero necesaria.

Y esto, no hay duda, en momentos en que el país se abría, dentro de una participación de fuerzas mucho más amplia que la secular del bipartidismo, y los propios enemigos declarados del Estado adquirirían un excesivo papel protagónico, utilizando los medios de difusión que el propio Estado otorgaba a los particulares para su uso, tal como lo ha estudiado Enrique Santos Calderón².

De todos modos, con el aporte del periodismo investigativo y una concepción más universal de los hechos, que por haber ampliado la óptica permite comprender mejor la rica diversidad cultural del país, el balance que hace Santos Calderón puede considerarse válido, más allá de las excomuniones clericales de antaño y la indisoluble ligazón entre periodismo y política, indesa-

rraigable, al parecer, de nuestros medios de comunicación.

Dice Santos Calderón:

“La existencia de una prensa combativa, dinámica y con influencia política ha sido sin lugar a dudas –y pese a sus acostumbrados excesos partidistas– un soporte esencial de la democracia representativa en nuestro país.” (p. 129).

Prensa, además, que ocupa sitio de vanguardia en América Latina, al cual no ha sido ajeno, ni mucho menos, el auge informativo de la radio en Colombia, sin lugar a dudas una de las más alertas del continente. Las palabras de Yamid Amat al respecto hablaban de “una cultura vivencial y no histórica”, más de ciencias sociales que de filosofía humanística. Una cultura, en definitiva, viva y dinámica, en su evolución constante, pero que tampoco debe olvidar sus raíces. El fecundo matrimonio entre periodismo, historia y literatura, tal como lo ha recordado Alberto Lleras, reviviendo su época:

“Las grandes páginas eran baldíos grises, para colonizar escribiendo muchas cosas necias, probablemente. Para llenarlas se llegaron a publicar novelas, no pocas como las experimentales de García Márquez se ensayaron en ellas. Con todo, si no fuera por estos diarios amarillos de la Hemeroteca, no se sabría nada o casi nada de la vida pública del país en este siglo que va terminando”.

Periodismo literario

Y fue también Alberto Lleras Camargo, al prologar un volumen póstumo de Hernando Téllez, *Confesión de parte* (1966) quien recordó aquellos tiempos heroicos

en que los periodistas, a la madrugada, dejaban el diario, luego de haberse intoxicado de café, tabaco y política, y recibían el nuevo día hablando de literatura por las calles de Bogotá.

Igual recuerdo conserva de sus tiempos en "El Universal" de Cartagena Gabriel García Márquez y de las suculentas sopas de cangrejo, en las tabernas del muelle, cuando ya hecha la columna del día siguiente, era factible asimilar nuevas anécdotas y repasar viejos libros.

Si existía una tradición en el periodismo colombiano era ésta, la indiscernible mezcla de bohemia y política, alcohol y literatura. Y la buena prosa, económica y ajustada a las estrechas columnas, el indispensable requisito.

Al recopilar páginas de Luis Tejada y Armando Solano, José Umaña Bernal o Eduardo Zalamea Borda, asombra la capacidad que demostraron para escribir sobre todo, o casi todo, con altura y cordura, día tras día. Bloques sintéticos que agrupados en libro resultan, no hay duda, reiterativos, pero que cada mañana, al abrir el periódico, comunicaban algo de su inteligencia al afanado lector que hacía de tales páginas su Biblia para conversar en la oficina.

Ante estas prosas estrictas los largos ensayos de Baldomero Sanín Cano o Luis Eduardo Nieto Caballero llevaban a pensar en un siglo atrás, el XIX, cuando la prensa era doctrinaria y solemne, y las ideas predominaban sobre los hechos.

Pero si bien Sanín Cano estaba dotado de un humor nada obvio y LENC volvía a redactar, exhaustivo y generoso, el libro que acababa de leer, ellos también formaban parte de la corriente, central en nuestras letras por mucho tiempo, que armó sus libros con recortes de periódico y participó, desde las trincheras de la prensa escrita, en las luchas políticas.

De allí, del periódico, los escritores colombianos ascendían a la Presidencia de la República como Eduardo Santos o Alberto Lleras, o se iban al exilio. Ocupaban Ministerios, Embajadas y redactaban cuentos y novelas, algunos de ellos

inolvidables. O se volvían, como Luis Carlos Galán, líderes políticos de hondo arraigo, por su conocimiento del país, iniciado como simples redactores.

Y allí, al periodismo, volvían luego, al reconocer cómo la fraternidad de ese cuarto poder era menos voluble y amarga que las soledades inherentes a cualquier mando.

Gracias a la prensa habían visto esfumarse tantas celebridades de un solo día, que el sano pesimismo que impregna los *Carnets* de José Umaña Bernal o la lucidez desencantada que Alberto Lleras puso en sus últimas columnas, en *Visión*, muestran la rigurosa escuela que fue ese periodismo, obligándolos a dudar y matizar. A reflexionar sobre lo que veían. Fue un tónico, una cura, que hacía astringente su prosa e innecesario el prodigarse en exceso. Su eternidad duraba un día.

De allí, del periódico, los escritores colombianos ascendían a la Presidencia de la República como Eduardo Santos o Alberto Lleras, o se iban al exilio.

En nueve tomos, no hace mucho, la Flota Mercante y la Federación de Cafeteros, han recopilado una parte de la obra periodística de Alberto Lleras. Allí está todo. El fin de la hegemonía conservadora, las facciones liberales en pugna, la invención del Frente Nacional: el cambio de un país a otro. Todo, sin excepción, porque en él, como en Gabriel García Márquez, nuestras más altas cimas en esta fusión periodismo-literatura, el periodismo se volvió alta literatura: captó todos los matices. Retrató una época y sus gentes. Trazó su perfil.

Y lo que en las plazas públicas, a través de la radio, fue necesidad retórica del discurso, haciendo los párrafos, recurriendo a las metáforas obvias, acentuando los finales, en la columna de la revista admitía el esguince irónico, las preguntas inquietantes, la crítica implacable pero buida, para usar una expresión, como todas, ya fechada.

Si antes la prensa era digresiva y literaria, salpicando las apretadas columnas con versiones al español de los poemas de Víctor Hugo, y luego se convirtió en reporteril y exhaustiva, cuando no en simplemente frívola, este medio siglo 1910-1960 parece constituir un período afortunado para estudiar las relaciones entre periodismo y literatura. Y medir también la forma en que tantas espléndidas vocaciones literarias fueron devoradas por el trapiche voraz de las rotativas.

“Me convencí definitivamente de que no podría vivir sino escribiendo, pero como para escribir —¡qué remedio!— hay que comer, no estaba en condiciones de hacer nada distinto de vincularme al periodismo” (*El Independiente*, Bogotá, abril 20 de 1958).

Las palabras de Eduardo Zalamea Borda, descubridor literario de García Márquez, bien pue-

den generalizarse. A partir de la única novela que publicó: *Cuatro años a bordo de mí mismo*, es factible repasar un panorama donde se destacan el único volumen de cuentos que escribió Hernando Téllez: *Cenizas para el viento*; los dos delgados volúmenes de cuentos: *Todos estábamos a la espera* y *Los cuentos de Juana* de Alvaro Cepeda Samudio, junto con su única novela: *La casa grande*.

Por más buena escuela crítica que fuere también hay algo en el periodismo que hace daño a la literatura. Posee algo fugaz y efímero, que la uña del tiempo descascara con más prisa, y que requiere la también relativa perdurabilidad creativa de ficción o de la historia, para otorgarle trascendencia a la implacable exigencia periodística de cada día.

Algunos, como García Márquez, aprovecharon sus crónicas sobre el vallenato y La Guajira, o los perfiles individuales de sus personajes, para incorporarlos luego, metamorfoseados, en sus amplias máquinas de ficción. Otros, como Germán Arciniegas, trátase de sus viajes por medio mundo, del Congo a Dinamarca (*Medio mundo entre un zapato*) de episodios de nuestra independencia (*Transparencias de Colombia*) o de incidentes de la historia de América (*Los pinos nuevos*) han establecido vasos comunicantes, en los dos sentidos: las columnas de prensa le sirven luego, para nutrir los capítulos de sus libros de historiador y ensayista y éstos, en muchos casos, vuelven más tarde, ya deshuesados y sintetizados, a las mismas columnas que los vieron nacer.

Sin embargo, la mejor columna periodística, por perfecta que sea, ¿no convoca quizás un reclamo injustificado pero que no por ello deja de surgir? El que ese breve apunte se convierta en ensayo. El que ese instantáneo perfil, tan certero,

se transforme en biografía, como la de Tomás Cipriano de Mosquera que en varias ocasiones anunció Lleras Camargo.

Oscilamos así entre aprovechar el poco tiempo de que disponemos con el disfrute de una prosa ágil y una mente rápida o aguardamos el volumen redondo que, por un tiempo por lo menos, agote el tema. Pero el periodismo no es eso. Su gloria mortal reside en ese único día que las antologías, a veces, preservan, del mismo modo como hoy subsisten los cuadros de costumbres que redactó el padre de José Asunción Silva y sus coetáneos de *El Mosaico*: como una curiosidad pintoresca y divertida, no como una literatura viva. La literatura viva de ese período, continúa siendo, no hay duda, *María*, de Isaacs.

El periodismo, cuando no se vuelve literatura, termina por convertirse en documento acerca de una época, por más efímera que ésta haya sido.

Los varios volúmenes, por ejemplo, que Daniel Samper Pizano ha recopilado con sus crónicas sobre el adolescente que fue sólo parecen factibles, en su anacronismo, gracias a la imaginación de quien los padeció. Pero lo

más curioso es que estas páginas, datadas y exactas, también cobran con el tiempo un irreal aire de ficción. Los días que pasan cambian su sentido. La distancia modifica los actos y los convierte en mitos.

Así los años 60, de los Beatles en adelante, han engrosado el negocio de la nostalgia ida. Nos

traen la sensación, siempre repetida a través del periodismo y la literatura, de que aquello sí fue vida. De que esos fueron los últimos hombres felices. Como les sucedía a quienes vivieron antes de la primera guerra mundial. O en el siglo XIX. O en las tertulias inteligentes del XVIII. Lo bueno del pasado es que la literatura lo embellece, al convertirlo en novela, y el primer paso es casi siempre el periodismo.

Quien lee a los cronistas de antaño, trátase de Jaime Barrera Parra al despedir a Ricardo Rendón –“se marchaba a su casa masticando bondad y fastidio”– o de quien rememora a un insigne orador sagrado, el padre Carlos Cortés Lee, llamándolo “Griego de Zipaquirá”, comprobará los derrumbes geológicos que las épocas van superponiendo, en indetenible olvido. Y como ellas cancelan géneros que parecían indestructibles, como el de la oratoria sagrada, o nos acercan ambientes y figuras, en esa incesante lanzadera

entre rescate y amnesia que es toda lectura. La oratoria sagrada, de una parte, las caricaturas de Rendón, de otra. Una muerta, las otras aún dicientes y ambas interesantes gracias a cronistas que escribieron sendas

notas necrológicas. Un buen réquiem, en el periodismo, garantiza la última posibilidad de vida.

Así el periodismo. Cuando hombres futuros quieran saber qué pasó en la Colombia de estos años, encontrarán algunas de las raíces de sus males repasando las crónicas de Germán Santamaría sobre el Magdalena Medio o el Caquetá,

El periodismo, cuando no se vuelve literatura, termina por convertirse en documento acerca de una época, por más efímera que ésta haya sido.

incluidas en su libro *Colombia y otras sangres*. Tal la virtud del periodismo y tal también su drama: estar fechado, servir, luego, apenas como auxiliar de investigación.

También la lectura de periódicos de antes, puede llevarnos a pensar que los temas no cambian y que un mismo Espíritu, a través de plumas diversas, continúa tratando, por siempre, idénticos problemas sin resolver. Los apuntes de Carlos Martínez Silva sobre reforma constitucional o los de Fidel Cano, respecto al concordato, ¿no encerrarán aún lecciones válidas, dignas de repasarse? Y temas eternos, de la descentralización a pensiones de los colegios, del Chocó abandonado al Canal del Dique, de Bolívar a Santander, ¿no jalonan editoriales o comentarios, década tras década? Tal la sensación recurrente de quienes, por un motivo u otro, escarban en antiguos periódicos³.

Qué viejas y a la vez qué sugerentes tales páginas: el pasado no vuelve, pero pareciera que nada ha cambiado. Tal sucede, también, con otra tradición ilustre de nuestras letras: la de los literatos periodistas que hacen revistas.

Desde Alberto Urdaneta y su *Papel Periódico Ilustrado* (1881) que alcanzó los 116 números hasta los jóvenes poetas que hoy luchan por un aviso para editar revistas con nombres tales como *Puesto de Combate*, *Ulrika* o *Común Presencia* el periodismo literario también vive, agoniza, quiebra y resucita, a través de esos afanes. Lo hizo Baldomero Sanín Cano con su *Revista Contemporánea*, de 1904, y lo hizo López de Mesa con su revista *Cultura*. Lo hizo Germán Arciniegas con su revista *Universidad*, de 1921 a 1929, y no le importó seguir haciéndolo con su *Correo de los Andes*, de 1979 a 1989. Lo hizo Enrique Uribe White con su legendaria *Pan* y lo hicieron Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel, con

Mito, entre 1955 y 1962. Lo hizo Mario Rivero, fundando *Golpe de Dados* en enero de 1973 y aún continúa haciéndolo, cien números después. Lo hicieron, también, en alguna forma, Alberto Lleras y Hernando Téllez, a través de *Semana* y Alberto Zalamea con *La Nueva Prensa*. Lo hace Carlos Lleras Restrepo, en *Nueva Frontera*, cuando posterga sus análisis económicos o sus denuncias morales, comentando un poema de Silva o recordando a alguna fogosa dama. Lo hizo Abelardo Forero Benavides en las anchas páginas de *Sábado* y lo hizo Laureano Gómez en las pequeñas de la *Revista Colombiana*.

En ellas, como en los suplementos literarios, de *El Tiempo* y *El Espectador*, de *El Colombiano*, *Vanguardia Dominical*, *La Patria* o *Diario del Caribe* se va acumulando un rico legado: el de nuestra herencia literaria. El de las constantes relaciones entre periodismo y literatura. Baste repasar una obra como la de Plinio Apuleyo Mendoza, de *Años de fuga* (1979) a *La llama y el hielo* (1984) para comprender cómo las fronteras entre una y otra son tenues, evasivas y enriquecedoras. Lo supo Norman Mailer. Lo ha analizado Tom Wolfe. Hace algunos años Alejandro Obregón me entregó una carpeta negra, rota y vuelta cenizas en uno de sus bordes. Era el manuscrito, de 308 páginas, de la novela perdida de Eduardo Zalamea Borda, *4ª Batería*, quemada cuando el incendio de *El Espectador*. Algún día podremos publicarla, fragmentaria pero por ello mismo más atractiva, comprobando así cómo ni las llamas de la política ni la vorágine caudalosa de los hechos diarios, puede amortiguar el afán de esos periodistas literarios que, como Hemingway, corrían ávidos, trátase de una cacería en África o una corrida en España, dejando para luego la reposada novela en que estaban trabajando. Estos dos dioses, el periodismo y la literatura, continúan disputándose los talentos. Pero, no hay duda de que

varias de esas densas páginas siguen esclareciendo la historia desde la literatura.

Así lo comprueba Jorge Orlando Melo cuando recopiló 158 relatos de testigos presenciales sobre hechos ocurridos a lo largo de 5 siglos en la historia a Colombia: *Reportaje de la historia de Colombia* (1989). De Rodríguez Freyle a las inolvidables *Memorias de un abanderado* (1876) de José María Espinosa, el más sagaz y ameno re-creador del período de la patria boba, se estaban

sentando las bases para una narración, directa y fresca, que nos diera, periodística y literariamente, razón de nosotros mismos. Ellos, como más tarde Osorio Lizarazo o Juan Lozano, mantienen ágil la pluma y firme la mirada. Sin ambas es imposible hacer buen periodismo y mucho menos perdurable literatura. Sin el periodismo literario Colombia sería más pobre y mucho menos comprensible. Y sin el periodismo, en general, la verdad sea dicha, tampoco nuestra historia existiría⁴.

NOTAS

¹ Daniel Samper Pizano: *Antología de grandes reportajes colombianos*. Medellín, Ediciones Hombre Nuevo, 1978.

² Enrique Santos Calderón: *El periodismo en Colombia, 1886-1986*, en Nueva Historia de Colombia. Bogotá, Planeta, 1989, Vol. pp. 109-136.

³ Emilia Pardo Umaña: *La letra con sangre entra*. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1984. Allí, en una nota de 1954, dirá: "Aquí ser político y discursar y echar decretos y no tapar los huecos de las calles lo hace cual-

quiera" (p. 25). El tiempo, bien lo sabía Borges, es cíclico, sin remedio.

⁴ Sobre el papel de la información, en el mundo y sus excesos ideológicos, en este período, resulta revelador el libro de Jean-François Revel: *El conocimiento inútil*, Bogotá, Planeta, 1990, p. 354.

Sobre "El periodismo en Colombia y su historia" ver el No. 114, Vol. XXVIII. Primera entrega de 1991 de la revista *Lámpara*. Bogotá, con diversas contribuciones.